

ENTREVISTA

Fina Casalderrey, una escritora auténtica

por Olaya Argüeso Pérez*



Esta pontevedresa, que comenzó a publicar libros para niños y jóvenes hace apenas una década, ha ganado ya los premios más prestigiosos de la LIJ tanto en su Galicia natal como a nivel nacional. La lista es larga, pero en ella brillan el Merlín (1991), el O Barco de Vapor (1994), el Edebé (1995) y el Nacional (1996). Son medallas que no le pesan a Fina Casalderrey, al contrario, la estimulan a seguir el camino iniciado y a hacer una literatura «auténtica», sin mentiras, sin temas tabú, espontánea, en la que se mima el lenguaje.

Fina es robusta y de mediana estatura, como esos pequeños caballos norteños. Al trote y con un entusiasmo envidiable, ejerce de guía por Pontevedra para el invitado. Conoce la historia de cada piedra, de cada esquina. Está empapada de Galicia. Es muy plástica; expresa con gestos sus ansias de vivir, de exprimir la vida, de aprovechar el tiempo para absorber todo lo que la rodea y lo que no. Ama su patria chica porque «nacé aquí y no puedo evitarlo», pero afirma que hubiese amado del mismo modo cualquier otro lugar en el que hubiese nacido. Opina que no tiene la frase que haga de ella alguien especial, tan sólo cree tener sentido común. Se confiesa llena de dudas, pero en esta entrevista pone unos cuantos puntos sobre las íes. ¿Falsa modestia?

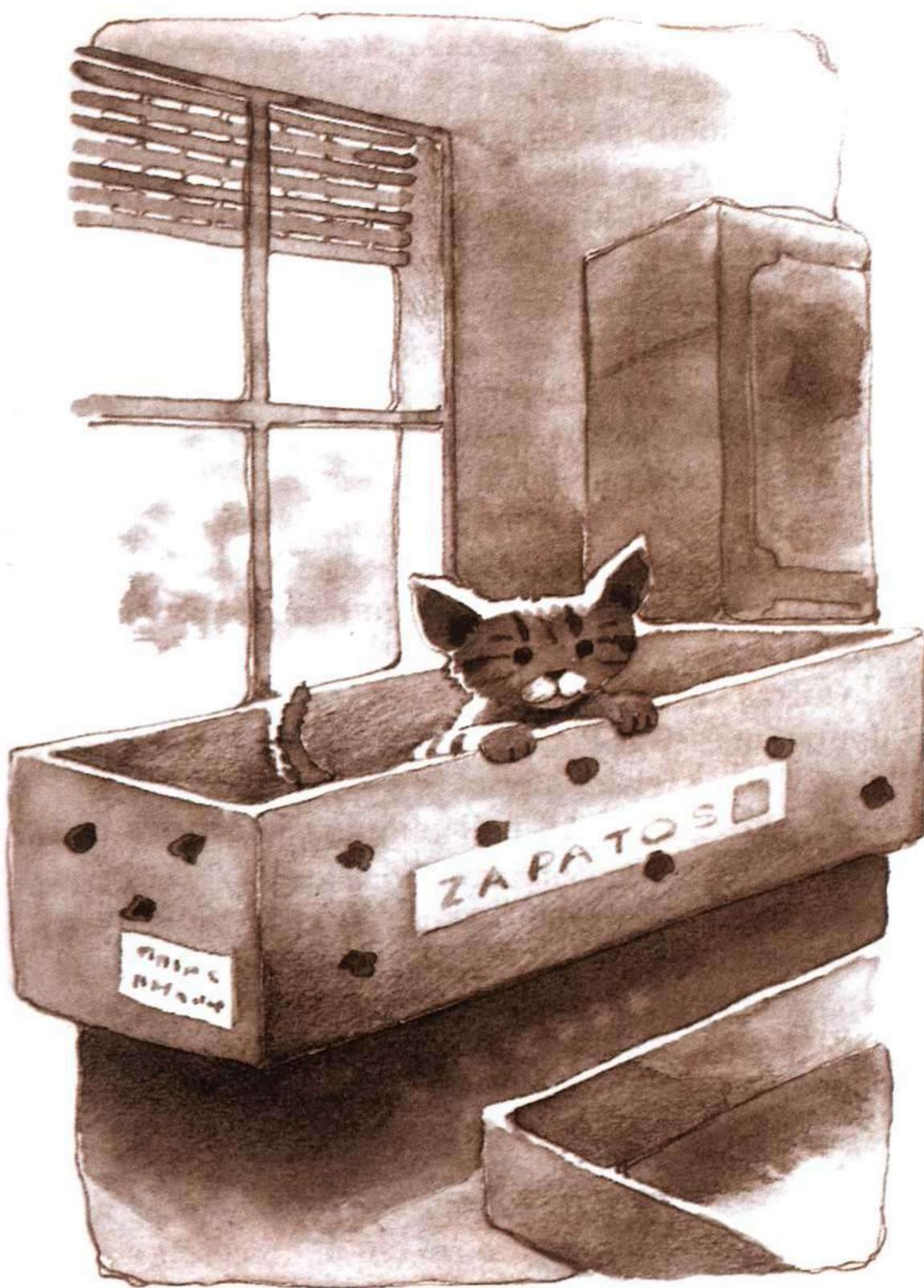
— *Los españoles pasan cada vez más tiempo delante del televisor, en detrimento de otras formas de diversión como la lectura, y los niños y adolescentes no escapan a esa tendencia. ¿Cómo resolvió usted la cuestión con sus hijos? ¿O no hubo ningún problema?*

— Problemas me parece que no tuve. A veces alguno de ellos prefería quedarse a ver la televisión en lugar de salir. Efectivamente, es un medio que atrapa a montones de niños y adolescentes, pero también a los mayores les atrapa muchas veces. Tampoco creo que sea un enemigo. Lo que hacemos es un mal uso de ella, tanto el espectador como el programador tienen una responsabilidad. Quizá también sería terrible que un niño estuviera día y noche con un libro en la mano. Lo bueno es vivir, coger un poquito de aquí y de allá.

— *¿Cualquier lectura es buena para iniciarse? ¿Escogía los libros para sus hijos? ¿Les imponía alguna restricción?*

— No, sólo les pedía que apagasen la luz, y luego me pesó, porque yo me quejaba cuando mis padres me decían: «Cuento viene, cuento va». Sé que querían lo mejor para mí, pero creían, como los de mi quinta y mi ambiente, que un libro que por fuera no pusiese *Matemáticas* o *Geografía* o *Historia* era algo subversivo, era perder el tiempo.

— *¿Qué libros recuerda de esa época?*
— Lo que llegaba a mis manos era tan



MANUEL UHÍA, O MISTERIO DOS FILLOS DE LÚA, SM, 1995.

«Me gustaría
que mi trabajo fuese
como dos nécoras:
no quitan
el hambre, pero abren
el apetito.»

poco que lo saboreaba todo. Sin embargo, tengo que agradecer la sensibilidad de mi padre que, siendo un mecánico, todos los sábados me traía aquellos cuentos de hadas que no tenían colores; los colores se los ponía yo: *El Capitán Trueno*, *El Cosaco Verde*. Y poco más. Luego, leía cosas que nadie confiesa que leyó, porque eran sinónimo de incultura, de gente de muy baja preparación. Yo leía a Corín Tellado, que era lo que llegaba a mis manos a los 15 años, a los 16.

Lo peor es que, para mí, sigue siendo muy importante. El primer libro, no siendo ya una niña, que recuerdo de una manera especial fue *El viejo y el mar*, de Hemingway. Fue una de las primeras veces en que pensé, de una manera consciente, en la fuerza que tienen las palabras. Porque de manera inconsciente, fue antes, con la primera carta de amor. Cuando un chico que me parecía guapísimo me escribió una carta en castellano. Y la carta empezaba así, sólo recuerdo las tres primeras palabras, que

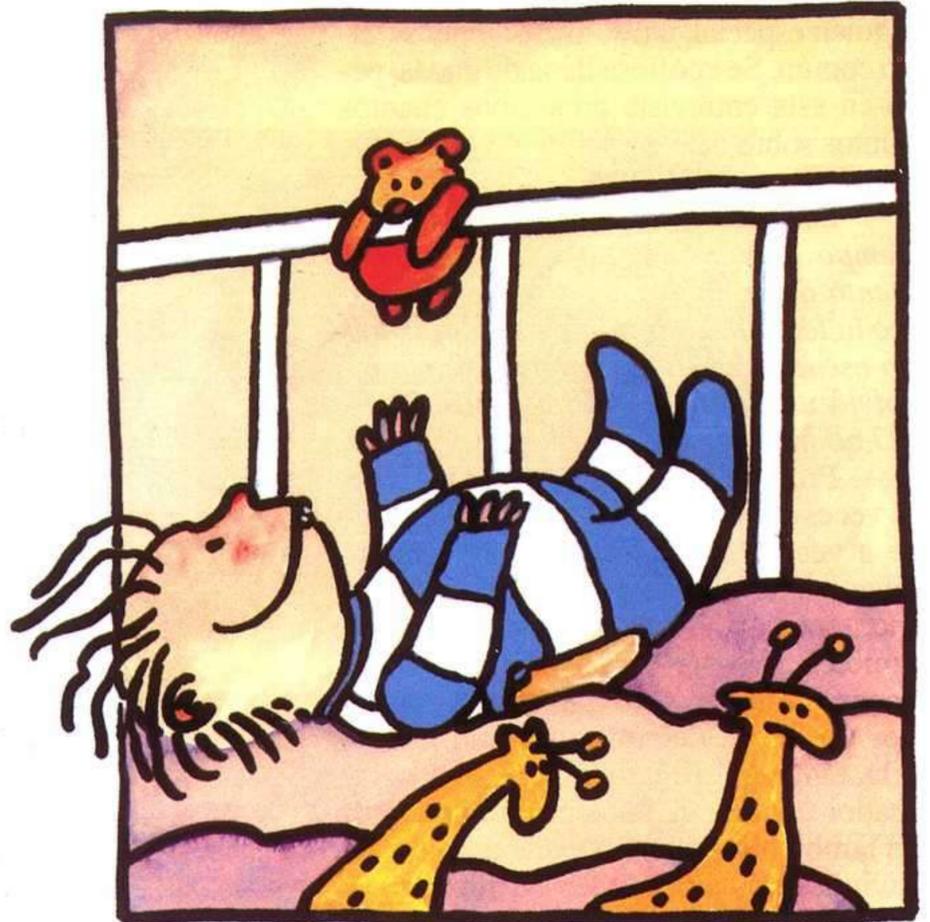
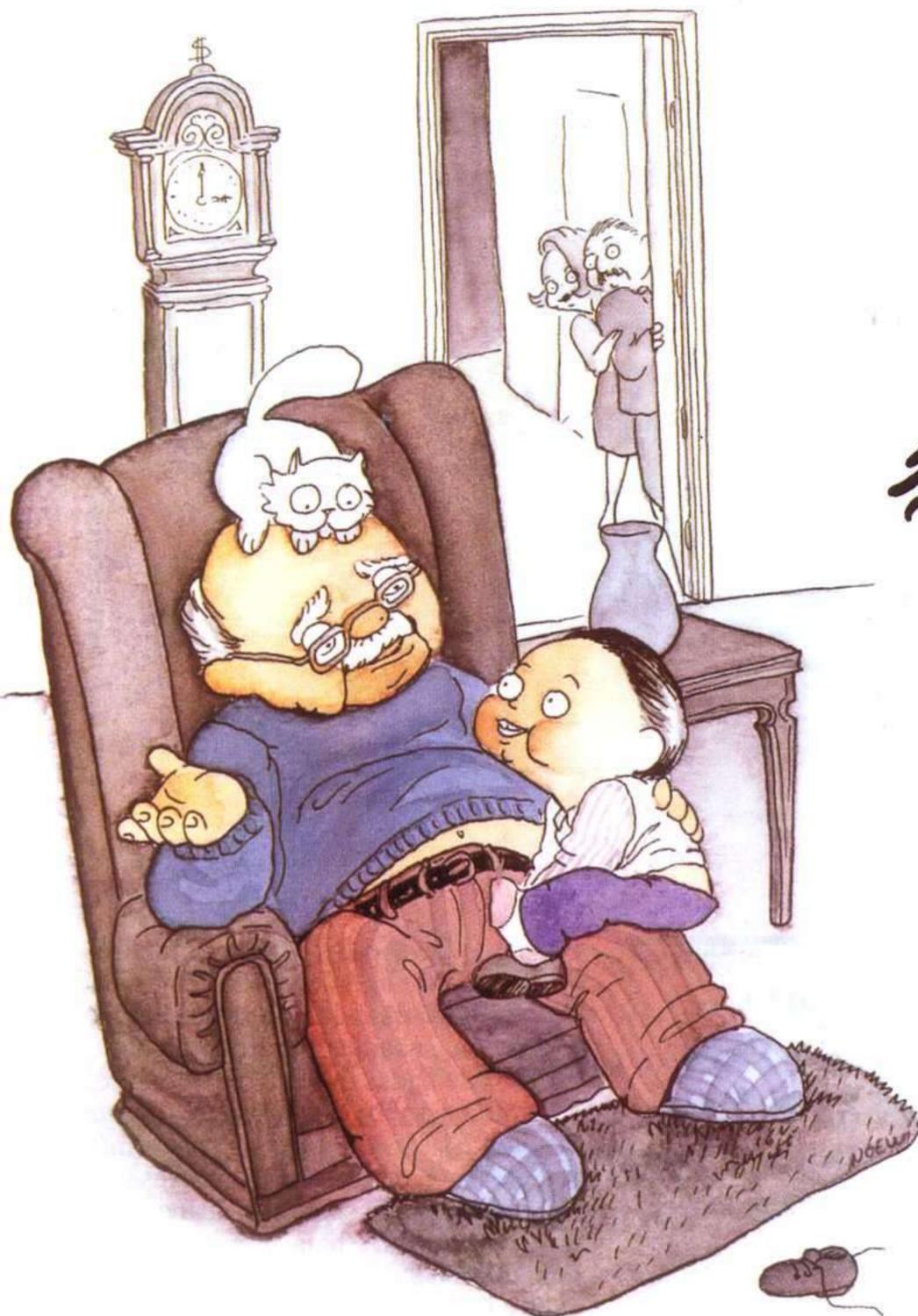
él convirtió en dos: «Oi tescrivo». ¡Se acabó, se me fue el amor de repente! Eso se lo cuento a veces a mis niños como ejemplo de la fuerza que tienen las palabras.

— *Dedica usted El estanque de los patos pobres a su padre, «el mejor mecánico contador de cuentos». ¿En qué medida influye esa capacidad paterna en su obra?*

— Seguramente bastante. Yo pasé hambre de libros, pero no de historias.

Corría a la cama de mi padre los domingos y él me reinventaba historias. Cuando ya se acababan las que sabía, creaba de nuevas. Aún hoy creo que tiene un arte especial. Él alarga una pequeña historia, la convierte en un *sucedido*, como decimos en Galicia, y le da ese encanto de que parezca real. Supongo que todo influye.

— *¿Qué le aporta su experiencia docente a la hora de escribir para niños y jóvenes?*



— Supongo que algo sí me aporta. De hecho, alguna de las historias nació de un detalle con algún niño. Por ejemplo, *Días bágoas por máquina* nació de un niño que en el recreo estaba triste, arriado a un muro. Me acerqué a él y le dije: «Marcos, ¿qué te pasa, hombre, que estás tan triste?». Y con la voz quebrada, él, que era muy alegre, me dijo: «Nada, e que me desaparecéu o Toby» —«Es que me desapareció el Toby», el perro—. La forma en que dijo esas palabras me provocó un frío por dentro, me transmitió inmediatamente lo que él sentía. Y en ese mismo momento pensé: «¡Ya me

NOEMI LÓPEZ, PODESVIR, SOTELO BLANCO, 1997.

XAN LÓPEZ DOMÍNGUEZ, PUAG, QUÉ NOXOI, EDITORES ASOCIADOS/GALAXIA.

gustaría a mí ser capaz de inventar una historia que, con la fuerza de las palabras, fuese capaz de hacer sentir a los lectores y a las lectoras lo que Marcos me hizo sentir a mí!». Esta historia es un ejemplo, hay otras anécdotas parecidas. Pero creo que lo que necesitas es quererlos, amar el universo infantil, querer comunicarte con ellos en serio. No creo que tenga que ver con el hecho de dar clase. Siempre pienso en Roald Dahl, que no sólo no era maestro, sino que parece que odiaba a los niños, por como escribe sobre ellos.

— *¿Es el escribir una necesidad para usted?*

«Si pretendes no ser hipócrita cuando escribes, los personajes no pueden dejar de ser trocitos de ti mismo. La única manera de no contradecirte es ser honrado y que tus personajes tengan una vida en la que tú crees.»

— ¡Uff, yo qué sé, yo qué sé! Me hace pensar un montón.

— *¿Escribe entonces según le apetece, como un impulso?*

— No tengo una fórmula concreta, ni un dogma que seguir. Mentiría si digo que es siempre de un modo determinado. *El estanque de los patos pobres* fue un impulso total. Era un mensaje secreto, un mensaje subliminal. No lo escribí, en principio, para niños. Lo hice pensando en una persona concreta, en que lo leyese y creyese que yo lo escribía para niños, y no tuviese miedo a morir. Por



otro lado, escribir por encargo me había parecido siempre una especie de prostitución. Sin embargo, he hecho alguna cosa por encargo. Me parecía difícilísimo. Tuve que motivarme, aprender a provocar esa inspiración. Me pidieron una historia sobre Pontevedra para niños. Estudié en Pontevedra, me enamoré en Pontevedra, mis mejores amistades están aquí, mi familia está aquí... Y sin embargo, tras aceptar, me quedé como desnuda. Tuve que recorrer Pontevedra sola, de otra manera, mirar como no la había mirado nunca. Tuve que aprender un montón de cosas sobre Pontevedra,

para luego escoger lo que quería contar a los niños, porque no podía pasarme de unas páginas. Todo eso que aprendí sobre mi ciudad me sirvió para amarla más aún. Fue difícil. Primero tuve que provocar esas ganas. Si no, no soy capaz, no disfruto.

— *Habla con entusiasmo de Pontevedra y de Galicia en general. ¿Hasta qué punto no es una limitación escribir en gallego?*

— Sólo lo es en cuanto a que tienes menos lectores. En el ambiente rural en que yo nací se hablaba gallego. Pero

cuando empecé a ir a la escuela, me prohibieron hablar en gallego. Yo misma comencé a creer, por supuesto que erróneamente, que el gallego era sinónimo de ignorancia, de gente de aldea en el peor sentido, de gente pobre. Entonces, igual que la gran mayoría, yo tampoco fui valiente. Hubo un tiempo en que hablé castellano exclusivamente. En mi caso, ya no viví como escritora la época en que estaba prohibido, no soy ninguna heroína. Mérito tenían otras personas que escribieron en tiempos donde era imposible publicar en gallego, en los que era incluso subversivo. Escribiendo en castellano tienes un abanico más amplio. Pero pienso que si lo haces bien, te traducen.

— *En sus libros dirigidos a un público más joven, como El estanque... utiliza mucho palabras como «guay» o «chuli». ¿No sería mejor sustituirlas por sinónimos más variados, actuando como creadora de lenguaje más que como fijadora de un lenguaje limitado?*

— Mi intención no era fijar ningún lenguaje. Me metí en la piel de esa niña. No estaba pensando en los críticos, pensaba que era una niña que vivía ese momento, una niña de un tiempo, de un ambiente concreto. Posiblemente, en otro ambiente o en otras circunstancias, no hubiera utilizado esas expresiones. Pero no me obsesiono cuando escribo. Mentiría si no dijera que tengo tantas ataduras como pueda tener cualquiera cuando escribo. Tengo las ataduras que me dan mis limitaciones. Tengo unas convicciones, una ética real, verdadera. A los niños les quiero, no voy a hacerles daño, no deseo limitar su vocabulario, ni que al acabar de leer el libro sean peores. Pretendo que lo que escribo les guste tanto a ellos como a los adultos. Me gustaría que mi trabajo fuese como dos nécoras, que no quitan el hambre, pero abren el apetito.

— *¿Existe realmente una literatura infantil y juvenil distinta de una literatu-*

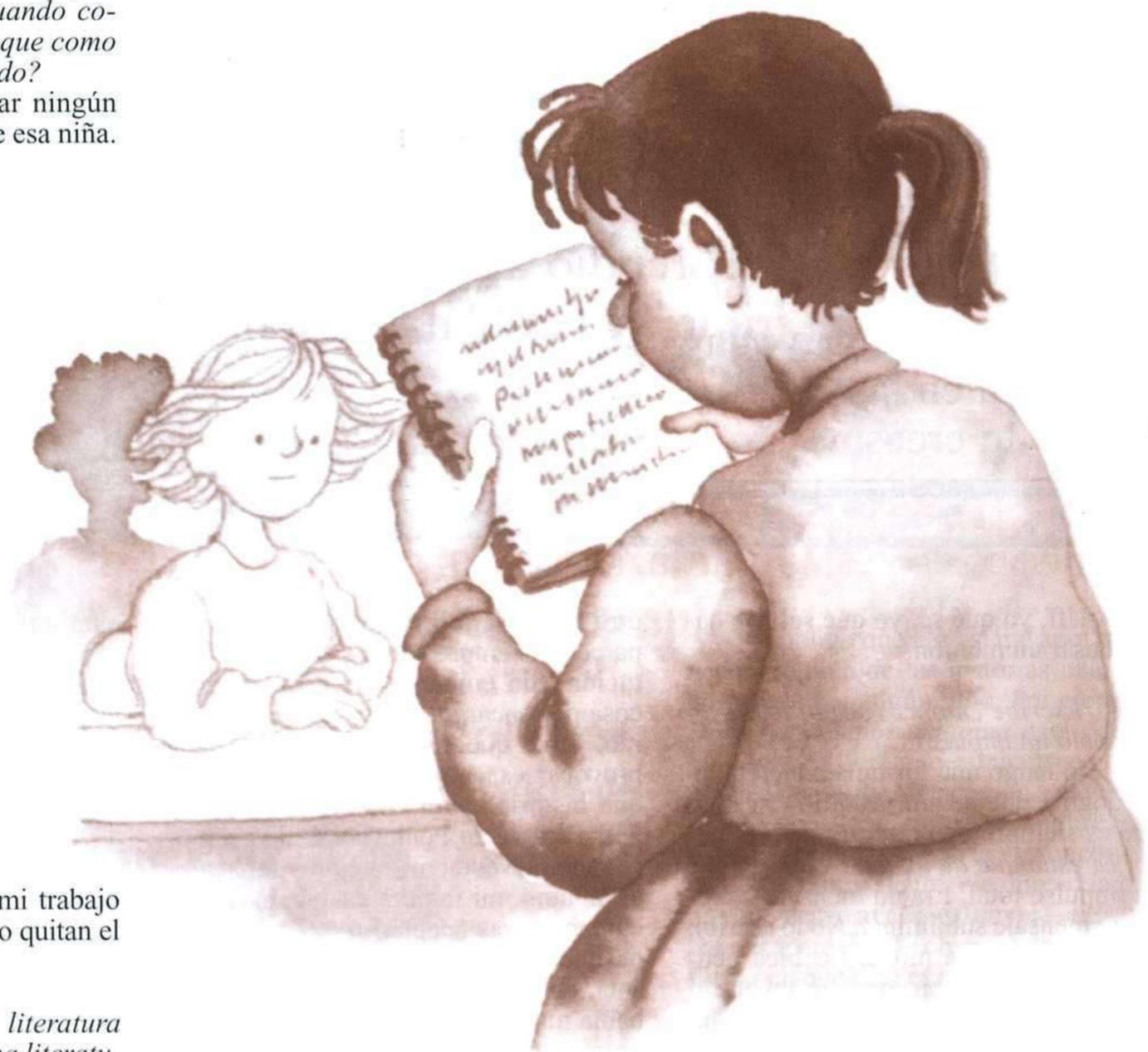
«Pienso que los nuevos autores están mucho más preparados de lo que yo estaba cuando empecé. Ya hay una pequeña historia detrás. Nosotros no conocíamos nada. Vivimos con los ojos cerrados nuestra propia literatura.»

ra de adultos, o simplemente es literatura, sin más adjetivos?

— ¡Buff, qué pregunta! Sí, pero no. Antes de existir la «literatura infantil», los niños y niñas del mundo leían libros que les gustaban, los hacían suyos. Esto es como las *meigas*, haberlas, haylas, pero... No deja de ser jugar con las palabras. Quizá lo más exacto sea decir literatura que gusta a niños y niñas, aunque lo que gusta a un niño, no le gusta a otro.

— *¿Se atreve a valorar la obra de sus colegas? ¿Qué elementos de ella le atraen o le disgustan?*

— Me gusta aquella con la que, desde una perspectiva de adulta, disfruto. No me gusta que, pretendiendo que los niños y las niñas tienen los mismos derechos, las niñas tengan que ser niños. ¿Por qué, si le apetece jugar con una muñeca, ya es una





TEO PUEBLA, O ESTANQUE DOS PARRULOS POBRES, EDEBÉ, 1996.



niña de otro tiempo? No me gusta cuando, por oportunismo, en una historia donde el protagonista era un niño, se le cambia por una niña, sólo porque está de moda lo de defender a la niñas. Tenemos los mismos derechos, pero no tenemos por qué ser iguales, ¡leches! ¡Que nosotras no hacemos pis por el mismo sitio!

No obstante, pienso que los nuevos autores están mucho más preparados de lo que yo estaba cuando empecé. Ya hay una pequeña historia detrás. Nosotros no conocíamos nada. Vivimos con los ojos cerrados nuestra propia literatura. Todo eso estaba oculto, y ahora ya no. Aunque quieran prescindir de ello, lo tienen que conocer. ¡Cuántas veces me pasó a mí que creí que estaba descubriendo la pólvora, y no era así!

— ¿Qué me dice del abismo generacional? ¿Existe o es un invento, como lo políticamente correcto?

— Supongo que todo son inventos. La

juventud siempre quiso romper con lo anterior, experimentar, comprobar las cosas por sí misma, todo eso es lógico. Si no, no avanzaríamos, estaríamos anclados. No sé quién dijo esa frase, que a mí me parece estupenda, de que la juventud es un mal que se cura muy rápido... por desgracia.

— No evita usted los temas polémicos, como la muerte, el aborto o el sexo entre adolescentes, y en su novela *Pásmate, Merche, es usted muy dura con la Iglesia. Critica su posición respecto a la interrupción del embarazo, el uso de anticonceptivos.*

— Si pretendes no ser hipócrita cuando escribes, los personajes no pueden dejar de ser trocitos de ti mismo. Para que haya autenticidad en lo que escribes, para que sea creíble, la única manera de no contradecirte es ser honrado y que tus personajes tengan una vida en la que tú crees.

— ¿No cree que algunos de los temas que antes le mencionaba puedan molestar a determinados padres?

— Sí, de hecho ocurre. Hay un momento, en mi libro *Una reina negra*, en el que los niños se marean en un autobús, y el *profé* les propone que comiencen a decir palabras que empiecen con *f*. Un niño dice: «Follar». Si la dice es porque la oyó. La dijo el niño de esa historia, pero yo sé que la dicen, sé que la conocen. Quien no la conoce y lee ese libro, se queda como estaba, yo no le explico más. Y quien la conoce, piensa: «¡Je, je! ¡Qué palabra!». Esa sonrisa maliciosa, que no hace daño alguno, les desinhibe. Hay padres o educadores a los que les molesta, pero no la retiro, primero tendrían que convencerme.

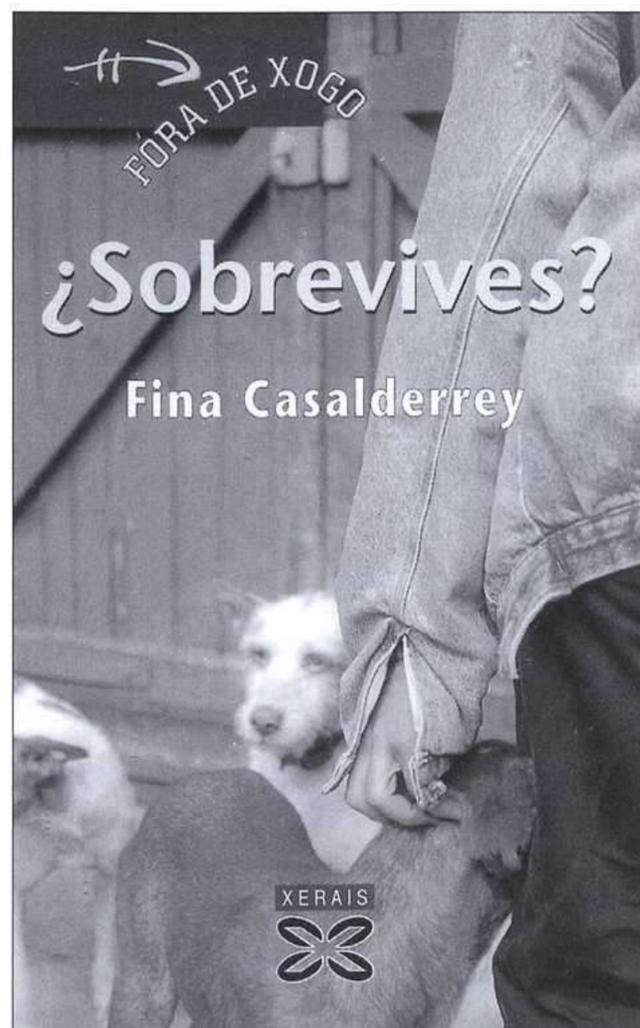
— *Esas críticas que hace a la Iglesia, cuando, por ejemplo, la madre de Áurea, la protagonista de Pásmate, Merche, echa la culpa del rechazo que sufre, en*



MANUEL UNHA REIÑA NEGRA, EDEBÉ, 1998.



XOSÉ COBAS, UNHA PANTASMA BRANCA, EVEREST, 2000.



parte, a «los curas», como ella dice...

— A mí la Iglesia, de niña, me inculcó un miedo aterrador a la muerte, exagerado a esa edad. De niña vivías obsesionada, con el infierno constantemente presente. Que una vez se te escapara una palabrota por enfado, y creyeras que el fin del mundo se te acercaba, es tremendo. Lo que es el colmo es que hay cosas que te siguen quedando en el subconsciente, aunque reniegas de ellas.

— En esa misma novela, los hombres aparecen como seres de los que más vale estar lejos.

— Las cuatro últimas páginas le dan un final rosa a toda la historia de intriga, y esos hombres incluso son estupendos... Intentaba ser aquella adolescente concreta, con aquellos problemas concretos. Ése fue el primer final que se me ocurrió. Yo misma, al leerlo, pensé que era muy rosa, que debía haber hecho que el chico, Paio, muriese en un accidente de tráfico. Y ya sabes lo que dice el refrán gallego: *morréu o can, acabouse a*

«A veces me consideran poco liberal cuando leen mis libros, porque, quizá, hablo de que un niño hizo la Primera Comunión. ¿Y qué? Lo que importa es cómo lo cuentas.»

rabia (muerto el perro, se acabó la rabia). Así ella puede llorar libremente, es un amor adolescente y se acabó. Otro final: ella madura y se da cuenta de que no pasa nada. ¡Pues no, no me dio la gana! Fue el final adolescente el que primero se me ocurrió y lo dejo. Soy consciente de que es muy romántico, pero ya sufren bastante, y por qué no soñar.

— Entonces, cree en los finales felices...

— Es que no hay finales. Depende de dónde quieras empezar y acabar la novela. Cualquier historia podría seguir y transformarse completamente.

— ¿Le ha quedado alguna frustración? ¿Le pedía a la vida algo que no le ha dado y que cree que ya no puede darle? Veo una amargura muy profunda en *Áurea* y su madre.

— Quisiera saber mucho más de lo que sé. Eso me produce angustias tan grandes desde hace tanto tiempo, como para, en secreto, tener algún poema relacionado con la ignorancia. Terminaba así: «Enfeitizarse por saber, no saber nada / téime engayolada entre pegriza e aprender ser de cote estudante», ser siempre estudiante.

— Le preguntaba por esa amargura que refleja la madre de *Áurea*, una persona que siente que la vida le ha cortado las alas, que le ha robado la juventud.

— Yo viví un ambiente de aldea en mi infancia, y vi a mi alrededor casos de gente joven que tuvo que vivir una vida como de clausura, después de haber tenido un hijo de soltera, para demostrar que era «decente». Fue una manera de rebelarme contra eso.

— *¿Es muy dura la sociedad rural, especialmente la gallega, que parece más cerrada, con la mujer que no acepta el papel tradicional que se le atribuye por el mero hecho de ser mujer?*

— Creo que, como las demás sociedades, la gallega también se está abriendo al resto del mundo. Pero aún falta muchísimo camino. Cuando leo que en Francia han aprobado lo del cincuenta por ciento para las mujeres y el cincuenta por ciento para los hombres, me indigno. ¡No queremos eso! No se trata de ningún tanto por ciento. Ábreme las

puertas, como están abiertas para ti. Y si sirvo, déjame seguir a mí también. Hace unos días, vi otra noticia sobre eso. Se pretende que, el día 8 de marzo, los medios de comunicación los tome la mujer. ¡No queremos eso! Me parece que es una forma razonable de hablar en nombre de toda mujer. No queremos ser reinas por un día. Una igualdad real no es eso, como tampoco lo es que los homosexuales, para vivir de manera normal, tengan que ir diciendo que lo son. Los demás no vamos diciendo por ahí que somos heterosexuales. Y, además, primero dame la oportunidad de prepararme. No me des la oportunidad de un puesto de trabajo, cuando primero no me la diste para prepararme para obtenerlo, que es lo que nos pasó en nuestra quinta, y antes. Yo misma, en mi propia piel, noto muchas cosas... No poder ir a muchos sitios, [por]que, al ser mujer, tenía

que estar en casa a las diez. ¡Pues, a lo mejor, de diez a doce aprendía un montón de cosas! En eso hemos mejorado mucho, pero no estoy yo segura de que ya esté todo hecho.

— *¿Qué impresión le gustaría que sacará de usted quien lea esta entrevista?*

— Me gustaría que sacase la impresión de que soy auténtica.

— *¿Y cuál cree que sacará?*

— No tengo ni idea. A veces me consideran poco liberal cuando leen mis libros, porque, quizá, hablo de que un niño hizo la Primera Comunión. Como si hablas de la vida de un cura... ¿y qué? Lo que importa es cómo lo cuentas. Esas cosas me desconciertan. ■

* **Olaya Argüeso Pérez** es licenciada en Filología Clásica.

Bibliografía

Infantil-juvenil

Mutacions xenéticas, La Coruña: Vía Láctea, 1991 y Vigo: Xerais, 1998. Existe edición en valenciano —*Mutacions genètiques* (Bromera, 1992)—.

Dúas bágoas por Máquina, Vigo: Xerais, 1992. Existe edición en valenciano —*Dues llàgrimes per Màquina*, (Bromera, 1993)—, y en euskera —*Bi Malko Makinarengatik* (Elkarlanean, 1999)—.

A noite dos coroides, La Coruña: Vía Láctea, 1993.

¡Asústate, Merche!, Vigo: Xerais, 1994. Existe edición en catalán —*Ostres, tu, saps qué?* (Cruïlla, 1996)—, al castellano —*¡Pásmate, Merche!* (SM, 1997)—, y al portugués —*Nem te passa!* (Matosinhos: Contemporânea Editora, 1998)—.

Chamizo, Vigo: Xerais, 1994.

O misterio dos fillos de Lúa, Madrid: SM, 1995. Existe edición en catalán —*El misteri dels fills de la Lluna* (Cruïlla, 1997)—, y en castellano —*El misterio de los hijos de Lúa* (SM, 1997)—.

O estanque dos parrulos pobres, Barcelona: Edebé, 1996. Existe edición en catalán —*L'estany dels ànecs pobres* (1996)—, en castellano —*El estanque de los patos pobres* (1996)—, y en euskera —*Ahate pobreen urmaela* (1998)—.

¡Prohibido casar, papá!, Vigo: Galaxia, 1996. Existe edición en castellano —*¡No te cases, papá!* (SM,

1997)—, al brasileño (en imprenta) y al portugués (en imprenta).

¿Sobrevives?, Vigo: Xerais, 1996. Existe edición en castellano —*¿Sobrevives?* (SM, 1998)—, y al catalán —*Sobrevius?* (Cruïlla, 1999)—.

Podesvir, Santiago de Compostela: Sotelo Blanco, 1997.

¡Puag, qué noxo!, Editores Asociados/Galaxia, 1997. Existe edición en catalán —*Ecs, quin fàstic!* (La Galera, 1997)—; en castellano —*¡Puag, que asco!* (La Galera, 1997)—; en euskera —*Puf! Hau nazka!* (Elkarlanean, 1997)—; y en asturiano —*¡Puah, qué ascu!* (Llibros del Pexe, 1997)—.

As de mosca para Anxo, Madrid: Anaya, 1998. Existe edición en castellano —*Alas de mosca para Ángel* (1998)—, en valenciano —*Ales de mosca per a Ángel* (1998)—, y en euskera —*Euli-hegoak Anxorengatik* (1998)—.

Nolo e os ladróns de leña, Madrid: SM, 1998. Existe edición en castellano —*Nolo y los ladrones de leña* (SM, 1999)—.

Unha raiña negra, Barcelona: Edebé, 1998. Existe edición en castellano —*Una reina negra* (1998)—.

A filla das ondas, Pontevedra: Ayuntamiento de Pontevedra, 1999.

O misterio do cemiterio vello, Madrid: SM, 1999.

Pimpín e dona Gata, Madrid: SM, 1999. Existe edición en castellano (SM, en imprenta).

Unha pantasma branca, León: Everest, 2000. Existe edición en castellano —*Un fantasma blanco* (2000)—.

Bicos de prata, Ir Indo (en imprenta).